

Juan Donoso

El Viejo Miguel



RECORDARIA siempre sus años de arriero como el mejor pasaje de su vida. Hablando añoranzas sus palabras ardían entusiastas. Había que oírle: —Cuando empecé a trabajar con don Sebastián Rivas, era un «huaina» el más huaina de todos los arrieros, tendría diez y ocho años más o menos. El valor no me faltaba ni el entusiasmo tampoco. Los viejos y hasta el mismo patrón tenían que, llamarme la atención cuando iba a cometer una *indiscreción*. ¡Claro está! Yo endilgaba a lo derecho y entonces ellos me gritaban:—¡Hueñi ¿quierís dejar los huesos en estos barrancos?

«Poquito a poco me fuí poniendo cauteloso. Aprendí que a las mulas no hay que pedirles más de lo que quieran dar, porque esos animales, amigo, tienen mucho tino, yo dijiera que tienen experiencia».

Cuando Miguel Pérez hablaba, no cabía interrupción, su charla corría animada, abundosa en aventuras, era como oír viejas consejas o relatos que el tiempo trenzaría a las leyendas.

—Después de los primeros deshielos,—proseguía—empezaban nuestras travesías, íbamos y volvíamos a la Argentina. Yo he estado allá una infinidad de veces... para mí... ¡la cordillera es cosa conocida como la palma de la mano!... Abría

su mano, cruzada y recruzada de rayas y en ella parecía ver alzarse todos los escollos. Todo el laberinto endiablado de la cordillera. ¡La conozco y no le tengo pizca de miedo!... de día y de noche, con tormenta y bonanza, para mí es una misma cosa, he visto de «buenas y de malas» así me acostumbré a cruzarla. Así, todos nos acostumbramos a conocerla.

—¿Y para las tormentas, don Pérez, como era eso?

—¡Buuuúh! Allá las tormentas llegan de repente. ¡Hay que ver para creer! El cielo se nubla en un abrir y cerrar de ojos, el ganado huye para todos lados, balando de lo lindo, se guarece detrás de las peñas, en los fosos, en las cuevas y, entonces baja el viento que ha estado corriendo por lo alto, baja desatentado. Las mulas resoplan, catean para donde ganarse, y si no hallan donde hacerlo, se echan al suelo, allí se quedan. Uno también tiene que hacer lo mismo... ¡no le queda otro remedio!

Después, solo mi Dios, sabe lo que pasa; tenemos relámpagos, lluvias, cuanto diablo hay.

Cuando pasa la tormenta, el agua parece que brota hasta de las piedras y corre en torrentes grandazos, metiendo una zalagarda infernal.

¡Pero todo pasa, no es nada! Se pasa bien a pesar de todo. Rara vez las tormentas pillan a los hombres desprevenidos, para eso están los ojos y uno ve cuando vienen las tormentas. Las ve aunque el cielo esté limpio. Porque las huele en el aire, como los perros olfatean la muerte.

Pocas veces queda uno a la intemperie, lejos de una rancho donde guarecerse y donde hay de un todo: ¡remolienda y mujeres!

—¡También, don Pérez!

—¡Claro, pues! Allí uno pelea su presa y se divierte como diablos!... En veces, queda un hombre tendido para no levantarse más... Yo mismo, con este chafalote... ¡sí, sí; con este mismo fué y me acuerdo como si lo estuviera viendo!... ¡Dejé pilón a un gaucho!

Sus facciones se recogían en un zarpazo pegado al pasado, el cual no podía engañarle ni menos en bien de sus aventuras.

—¡Peliámos por una «china»!... una china de *miéchica* que a uno le daba ocasión para todo... ¡para *todito*! Cierto es que anduve con suerte, tres golpes harto fijos le libré al *gauchito* con la manta... Si no, en la hora no estaría hablando.

Reía, sus facciones se descomponían en gestos nerviosos. Sus palabras se despeñaban con el ímpetu bullicioso de los torrentes. ¡Todo eso era ya tan lejano! Su juventud, esa avalancha de macuquerías y diversiones se había esfumado para siempre, quedando sepultado en su cuerpo envejecido y donde solamente lanzaban destellos de pedernales.

—¡El tiempo pasado no vuelve, don Pérez!... Decía alguien, con marcado y amargo pesimismo.

—Cierto es que no vuelve, pues, hijo!... ¡Qué vamos a hacerle, tenemos que envejecer y morir!

Se encogía de hombros, parecía empequeñecerse. Las alas del chambergo le caían sobre la espalda gibosa, era una figura estrujada, donde sólo los recuerdos derramaban frescura. Hacía un «tic», con su lengua estropajosa y posaba sus ojos en tierra. Sus manos temblonas, retenían aún el cuchillo, el mismo chafalote con que había roto las riñas de otros días. Una hoja de acero renegrado, con puño de asta de buey anillado de plata y cobre. Un cuchillo que bien podía entrar en el gznate de la bestia o en el pecho del hombre, con el cual ya no hacía sino labrar garabatos de madera, cortar una coyuna o un trozo de pan, pese a su bravo bautizo de sangre. Para el viejo era el extraño amuleto que le transmitiera la genuina sensación del pasado. Un pasado lleno de bizarrías y del que no quedaba nada... absolutamente nada...

Allá, en el espíritu del hombre, seguían trotando eternamente recuas de treinta y cuarenta mulas, cuesta arriba o cuesta abajo, tras el tintineo de la mula madrina, cuyas notas redondas y suaves parecían desgranarse sobre los guijarros en llu-

via de plata... Seguía viendo, las mulas que se despeñaban, y caían dándose vueltas, hasta ir a dar al fondo de los barrancos quedando despanzurradas y bullendo sangre espesa. Entonces, el resto de la tropilla, se detenía recelosa, husmeaban; sus grandes orejas oscuras se agitaban alertas, para reanudar la marcha tranco a tranco, más cuidadosamente que nunca.

¿Que sucedían esas y otras aventuras?... ¡Oh, sí, sucedían tantas cosas!

Y esos caminos, esos largos rodeos, ese arañar de las huellas sobre la fragocidad pétrea de la cordillera, senderos estrechos como rastros de culebras, reptando y retrepando en un empecinado afán de llegar a alguna parte de solazarse en la tierra ancha y reposada de los valles.

El paso más peligroso, era la «Ceja del Diablo». Ceja enarcada en el rictus de la cordillera, flanqueada por abismos ásperos y grises donde alternaba el zul, el rojo y el negro del granito.

Toda esa visión extraña, era la que quedaba incrustada en los ojos de los arrieros; ojos de buho en la oscuridad; de aguilucho a la luz del día, serenos, cansados de ver y mirar la ebullición espesa de los vientos, las maderas petrificadas y esa vegetación misérrima de hojas de plomo, cobre y bronce, salpicadas de rojo como el lomo de las *lihuanas*. Tierras amarillas y negras. Los cactus agrios, impávidos, crecidos al borde mismo de los barrancos, sin temer las tormentas ni las nieblas que llegan silenciosamente, vertiéndose multiformes, quedándose estacionadas anchas, espesas, grises y húmedas.

* * *

La lluvia fina y pertinaz, le azotaba la espalda, encorvada y huesuda que caían chorreantes de agua, empapándole el rostro y estilando a mares sobre sus barbas. El viento furibundo le ceñía las ropas al cuerpo menguado y anguloso.

No era viejo. Era un hombre envejecido. En su faz escuálida se reflejaba una angustia profunda, los pelos dejaban desnudos los pómulos y la nariz y la frente descarnada. Ojos fríos y fijos, que relumbraban como los de una alimaña muerta.

Llevaba en la mano derecha un látigo y en la izquierda un destal. Iba en busca de leña. Se detenía cada diez pasos, arretrato ante el embate del viento y el caer obstinado de la lluvia.

La lluvia y el viento. El terrible viento norte que llega arreando densos nubarrones con su vozarrón destemplado y mañoso de huaso viejo. Nubarrones que cubrirán el cielo por casi todo el invierno.

Aquello, no era una novedad para Miguel Pérez. ¿Cuántos inviernos no cerraban ya, el paréntesis de sus días?

Se sentía molesto, acosado por el agua, como los animales a campo raso, que se guarecen a las orillas de las cercas o a la protección destartalada de los árboles. Se sentía molesto y acosado, lo mismo que las manadas de perros que van tras la hembra, empapados y hambrientos, atrillados por el instinto voraz y apremiante.

Andaba lentamente, se detenía a trechos, se limpiaba el rostro con las puntas de la manta y con amargura tornaba la cabeza para medir la distancia que iba separándole de la casa, cada vez más, y de la que ya no divisaba sino la techumbre de carrizo, a través de la cual se filtraba un humillo azul que se diluía lentamente.

Así era esa tierra suya, llano y loma hasta ir a cortarse a pique sobre el río, en un barrancón de piedra y tosca, y donde crecían por milagro, aferrándose a la yesca: nalcas, quilas, maquis y radales.

La tierra se mostraba abandonada, estéril, yerma, como esperando el cultivo, el riego, el afán y posesión del hombre que hiciera de ella algo útil y hermoso.

Oh, sí, algo útil y hermoso! de esas tierras enmarcadas en

cercas vivas y muertas por sobre las que se erguía la silueta oscilante de los árboles.

En trechos, aparecía el suelo desnudo, chorreante como un flanco sangriento, carne viva y lacerada sobre la dureza hermética de la tierra. Los malos pastos se extendían en una grama floja, pálida y friolenta.

El trigo verdegueaba malamente. En las charcas apenas asomaban sus lenguas de esmeralda. ¡Sólo una locura haría pensar en una buena cosecha!

¡Maldición! Pichingales y zarzales lo cubrían todo. Se extendían, trepaba por los árboles, ahorcándolos con sus ramas agrias. ¡Sólo ellos no necesitaban de cultivos! La tierra magra se les daba por entero. Para ellos era toda su escondida fecundidad.

—¡Así, lo querrá mi Dios! —Murmuraba el viejo y su boca mordía improprios.

¡Que la suerte venía siéndole cada vez más adversa! ¡Era innegable! Como buen montañés que era, no renegaba, sus inquietudes eran muy pocas, no tenía prisa por nada ni para nada. «Porque en llegando su hora, todo tiene su fin».

Se detenía ante los árboles. Los medía con la vista. Los palpaba. Movía la cabeza en señal de desaliento, los veía alargarse, enterrarse en el cielo gris. ¿qué sacaría con derribar alguno de ellos?... ¡Nada!

El necesitaba leña. Leña seca que ardiera y prodigara calor y formara un ancho ruedo de rescoldo en torno al cual se disipara el frío... y hasta el hambre que sentían su mujer y sus hijos y él mismo...

En sus treinta años de matrimonio había sostenido una lucha cerrada con la vida. La vida agria del hombre y del campesino.

Había luchado con ferocidad. Ella, Margarita, su mujer, también había luchado. Juntos habían luchado. Juntos levanta-

ron la ranca, plantaron la arboleda y ubicaron el huerto, allí donde la tierra se hacía más generosa, y era suave y negra.

Mano a mano construyeron el horno en un ritual fervoroso y humano, que presentía el crepitar del fuego, el calor, el perfume del pan recién cocido... El horno fué para ellos como un símbolo de satisfacción y de paz. . . Habiendo horno es de esperar que nunca falte el pan... aunque... ¡bueno, eso sería en el peor de los casos!

Allí, ante sus ojos estaba esa tierra que tanto quería y de la que tanto habían esperado. Ella, su mujer, también había esperado, y nunca el desaliento había quemado sus palabras. ¡No eran solos, estaban los hijos, sus infortunios también era el infortunio de los niños, y no era propio...

En esa tierra, como la lluvia y la semilla, jamás había dejado de caer la esperanza, había crecido como el trigo, y, en más de una vez la había ahogado la cizaña, y podrido la lluvia y dañado el viento. La esperanza y el trigo habían corrido una misma suerte...

¡Y estaba la casa!... donde se había cobijado todo un mundo de ensueños que los años habían aventado con indolencia. Porque prosperar había sido el justo anhelo y acrecentar los bienes, comprar las tierras aledañas, tener los graneros y los trojes llenos, y venderlo todo en tiempo oportuno es algo que está en cada hombre y en cada mujer, cada vez que la vida se detiene un instante y fragua el proceso de nuevas vidas.

Si la tierra había sido avara, ellos, no le guardaban rencor el espíritu se abría también como un gran páramo donde no rastreaban ni los sueños ni las inquietudes.

Había que matar el hambre y ellos lo hacían, yendo a trabajar la tierra ajena, alquilando sus fuerzas, y así, comían en los casales de las haciendas, con otros pobres, con otros que ni siquiera poseían un palmo de tierra, y así pasaban los años, unos más, otros menos calamitosos...

* * *

Muchos habían sido los hijos de Miguel Pérez, unos habían muerto y otros emigrado en busca de una vida mejor; la ciudad, la fábrica, las minas. Venían de vez en vez, ya no eran los mismos, sus costumbres eran diferentes ni ellos resistían la tierra ni ésta los deseaba.

¡Todo eso, lo sabía el viejo! ¡Lo vieron sus ojos! ¡Todo! Cuando vió partir a los muchachos por vez primera, les dijo, muy serio, con los ojos clavados en la cruz del caballejo, para ocultar sus lágrimas:

—¡M'hijo, no puedo obligarlo a quedarse, ya que no puedo suplir sus necesidades... ¡que le vaya bien!... no haga leseras... escriba... La vieja le va a mandar engaños cada vez que se pueda...

... Lentamente, rumiando la marejada salobre de su vida y su infortunio, llegó a la orilla del río, el cresterío de las ondas se erguía en airones sucios y opacos. Troncos y animales muertos flotaban en la corriente, encayándose en islas y matorrales. El fragor denso del agua apagaba el chapoteo de la lluvia.

Agarrándose a los troncos, avanzaba el cuerpo sobre el abismo contemplando el correr afanoso del agua que inflándose, girando en grandes remolinos pugnaba y golpeaba las riberas con fuerza arrolladora. El se sentía atraído por esa pujanza enfurecida.

¿Qué buscaba? Se detuvo en un trecho en que no había árboles, ni plantas, y allí se quedó viendo el bullir incesante y bravío del agua que corría ancha y siniestra, ahorcando manchas de vegetación que semejaban islas o embarcaciones extrañas. Aguas de color rojo como la sangre misma de la sierra. Una sangre mortalmente fría, porque el hombre sentía en el rostro el aliento gélido del agua. Cerró los párpados. Sintió las

pupilas heladas. Giró la cabeza dominando la vastedad desolada del campo.

Lomajes y árboles se perfilaban débilmente. Las hondonadas y los valles semejan inmensas charcas de nieblas. En la ribera opuesta se divisaba la línea indecisa del camino, las techumbres pajizas de los ranchos, y algún rojo tejado de casa mayoral...

A sus pensamientos venían a agolparse las cosas unas tras otras, amalgamándose y revelándose íntegras, cosas antiguas, olvidadas casi, pero en ese momento venían a él salvajes de realidad, le abrumaba esa inmensidad que sentía rodearle, y la soledad y la tormenta le arredraban y deshacían, exprimiendo en el grumo de las inquietudes y los desvelos, que prenden en el espíritu del hombre y crecen y fecundan como los árboles. Se abría la boca de Miguel Pérez, ansiosa y jadeante, perdida entre los brozales de su barba. Llameaban sus ojos y sus narices se recogían y husmeaban aquello que parecía estar en la lluvia y el viento, aquello que despertaba en el fondo de su ser tantas cosas muertas, revelándole la maldita cosa que es la vejez.

—¡Viejo!... ¡Un viejo de mierda! —Masculló entre dientes, y abriendo los brazos se miró de alto abajo. Sus manos trémulas recibían la lluvia.

¡Caramba! Le era duro, eso de llegar a convencerse de que no era nada más que un viejo.

—¡Un viejo de mierda!

Con furia, se arrojó al río, zambulléndose en la corriente, que le arrastró con violencia, sepultándole en penachos de espumas.

La lluvia siguió cayendo peinada por el viento norte, más lenta o más fuerte, abriendo y cerrando un horizonte sucio, donde se agitaban los árboles desesperadamente...

¡La caída del viejo?... ¡Ah, aquello era comparable, a la hoja desprendida ayer del viejo avellano... una hoja más... una hoja menos!

* * *

Miguel Pérez, no volvió a casa ni esa noche, ni la siguiente, inútilmente le esperaron su mujer y sus hijas, hasta muy tarde. Hasta el tercer canto de los gallos. Pero en invierno, las noches son pesadas y el canto de los gallos no las sobresalta.

—Para mí—dijo una de las muchachas, a él no le ha pasado nada bueno.

—Lo mismo pienso yo—apuntó, doña Maiga. —Miguel nunca que se queda fuera, lo hace sin advertírmelo antes... Por hoy, ya no podemos hacer nada. Tenemos que esperar mañana para noticiarnos para saber si anda de remolienda.

Dicho esto, la mujer quedó cabizbaja, recordando las largas ausencias del hombre en sus afanes de arriero, yendo a a Argentina... y tardando tal vez... más del tiempo necesario... Recordaba también sus farras de días y días, después de las cuales llegaba extenuado, entristecido... Ella, se mordía los labios, se tragaba las palabras y una ira sorda se iba acumulando en su espíritu. El colmo, fué cuando Miguel se amancebó con la «Lloica».

Se indignó, lo cubrió de insultos. Todo podía permitírsele, menos el que la pospusiera por otra, que buscara en otra lo que ella podía darle con creces, no se lo perdonaba, porque ella era muy hembra, sabía ceñirse al hombre, adentrarse en él y hacer esa jornada que no es ni más ni menos que la jornada de la paz.

Miguel la oía riendo, con una risilla cascada, un relincho de semental satisfecho. El sarcasmo indómito del macho que se siente disputado... deseado...

Ella buscó a la Lloica, la persiguió y corrió a pedradas por los caminos, la arañó y revolcó en tierra y le dijo: ¡Putá!... ¡Yegua suelta!... ¡Mierda!...

Movía la cabeza doña Margarita. Todo aquello estaba demasiado lejos y ellos mismos... La Margarita y Miguel estaban

viejos. . La sangre parecía haberseles enfriado en las venas y las palabras no eran duras en boca de ellos, estaban como gastadas y eran del todo diferentes: Pan. Trigo. Harina. . .

—¡Mamita, sírvase un mate!

La vieja, se sintió nuevamente entre sus hijas, cogió el mate y trasegando agua de la tetera, empezó a degustar esa bebida caliente que sabía a hojas de cedrón y apio. ¡Que tenía un no sé qué de día de sol!

Llovía rigurosamente. De la mediagua vecina, venía el rumar de los bueyes y de cuando en cuando un golpe de astas en las paredes o un mugido trémulo.

La fogata hacía resplandecer las cabezas morenas de ese grupo de mujeres que apretaban en torno del fuego, su tristeza de seres inconclusos. Sus ojos se veían grandes y brillantes, alargándose hasta las sienas estrechas, suspendidos sobre los pómulos prominentes y pálidos, tras los cuales ardía una luz densa y ardiente.

Una gotera caía precisamente sobre el hogar. Gota a gota era absorbida por los labios blancos y sedientos de la ceniza, en un estrépito fino. En las mujeres había una angustia silenciosa.

* * *

Los campesinos se dieron en buscar afanosamente al viejo Miguel entre los cañaverales y las islas. Todo se volvía comentarios, quienes habían visto su sombrero, quienes su manta, quienes al mismo viejo, arrastrado entre dos aguas.

Chauc-chauc, como el grito de un zorro, sonaban los zucos de las mujeres en el barro, pegándose a cada tranco. Los lomajes, garabateados por los torrentes, se veían hermosos y fuertes. Los choroyes y cachañas caían en bandadas sobre los trigales, como un trapo verde y bullicioso.

—¡Con el agua, no ha quedado huella alguna! Sentencia-

ban los campesinos, yendo de un lado a otro, recorriendo la tierra con sus ojos avezados y baqueanos en seguir rastros.

Doña Margarita y sus hijas, lloraban desconsoladas, repitiendo en estribillo.

—¡Se ha caído al agua!... ¡Se ha caído al agua!

... Vinieron días de bonanza. El viento sur soplaba día y noche, espeso y de un frío acerado y cortante. La tierra vagueaba densamente, cubriendo el cielo de blancos vellones que se diluían lentamente. Las ramas de los árboles se cargaban de esmeraldas y los perales se arrebuja en un florecer esplendoroso. El río fué bajando lentamente. Las aguas llegaron a hacerse cristalinas y luminosas, se enjugaron los arcnales y una vegetación pobre empezó a reverdecer. Varados en las orillas aparecían enormes troncos, árboles descuajados, sangrantes y heridos, cadáveres centenarios, en cuya rugosa piel estaba escrita la legendaria historia de los bosques. ¡Qué de cosas no sabría el viejo coihue, qué de cosas el roble y la araucaria!

* * *

Los viandantes se detenían a mitad del camino, se saludaban y enhebraban la conversación que venía indiscutiblemente a recaer sobre el desaparecimiento del viejo...

—¡Buenos días, don...!

—¡Buenos días!

—Hace buen tiempo para la siembra ¿no?

—¡Buenazo, pues!... Yo ya tengo las tierras cruzadas, sólo me falta sembrar.

—¡A lo mejor, las heladas lo echan a perder todo!

—¡Cierto!... ¡Pero qué hacerle?... ¡Hay que arriesgarse a todo!

—¡Usted lo ha dicho... a todo se arriesga el hombre... «menos a parir»!

—¡Ja, ja, ja! Bien cierto es eso... ¡Oiga, no ha oído decir que se ahogó don Pérez!

—¡Sí, pues!... El compadre Adán me dió esa nombrá... Yo no quería creerle. ¡Ahí tiene usted!

—¡Pobre viejo, morir como un condenado, sin auxilio de nadie!

—¡De algo tenemos que morirnos, pues amistad!

—¡En queriendo mi Dios, no más!

* * *

Quince días después del desaparecimiento del hombre, unos cazadores encontraron su cadáver, tirado en un arenal, sombreado débilmente por los sauces amargos. Tendido de espaldas, con los brazos abierto en cruz, como un cristo salvaje.

Unos de esos Cristos ariscos, agresivos y hostiles salidos de las manos fanáticas de los frailes colonos, esculturas hechas en cortante relieve humano, trasunto nítido de insomnios llenos de febriles lujurias.

Los cabellos del viejo, crecidos y greñosos, se vaciaban en la arena arraigados en ella. Los ojos dilatados y opacos estaban fijos en lo alto. La boca mantenía un grito en suspenso. El merodear asiduo de los jotes abría en torno suyo grandes círculos oscuros. Un buitre le desgarraba el pecho escuálido y velludo.

Estaba muerto, heroica y salvajemente muerto. Todas las angustias de su vida adversa se habían extinguido por una eternidad. La eternidad de la muerte donde no podían ubicarse en relieve ni sus aventuras ni sus esperanzas. En ella, sí que quedaba rubricada su vida íntegra; es decir: una mujer, algunos hijos, muchas aventuras y desventuras, estrechas y pujantes dentro de un nombre: MIGUEL PÉREZ AGUILERA.